

Letras que el tiempo se llevó

Abril Ricca Páez

He estado buscando trabajo desde que te fuiste. Quizás creas que te olvidé, pero no lo hice. Y no lo haré, porque te amo, y un par de kilómetros jamás lo cambiarán.

Pero no puedo irme. No he podido irme. Tengo una valija debajo de la cama, tengo dinero ahorrado para el pasaje, tengo en mira el barrio donde viviré. Guardé adornos en cajas, desarmé muebles. Pero no pude y no puedo.

No puedo renunciar, no puedo dejar el teatro. No sé siquiera si tú me quieres ahí. Tengo miedo de preguntar, que respondas que ya tienes a alguien. O peor, que ya no quieres mi compañía.

Envié mi currículum a cuatro veterinarias en tu departamento, una me aceptó. Accedió a esperar, me ofreció un buen salario. Quiero decirles que iré pero quizás sea una mentira.

Las noches las paso pensando qué sería de nosotros si se separaron nuestros caminos por algo más grande. Sé que es tonto, pero a veces me lo creo. Priorizamos nuestros sueños y confío en que la decisión fue la correcta, aunque dolió, aunque duela.

Suelo creer que mis sentimientos son hacia un fantasma porque aunque ni tu voz olvido, no estás aquí.

Las primeras noches creí que lo superaría. Lo resolvimos hablando, con amor, no debería afectarme. Pero las semanas destaparon lo que busqué esconder, y las estrellas fueron testigo de mi llanto. Noches sin dormir, mediodías sin comer. Sumé actividades a mi agenda, la llené creyendo que me distraería. Pero era llegar a casa y verte en la mesa, el té en la caldera, Caleb sobre tu falda. No podía escapar de los recuerdos. No puedo.

Caleb te extraña demasiado. Se echa en la silla donde te sentabas, merodea entre nuestros libros, se sienta en mis zapatos cuando ve que voy a salir. Teme que no vuelva.

Una vez llegué con alguien que conocí en un baile. Su teléfono se había descargado, sus amigos lo habían dejado solo, no tenía dinero para el taxi. Lo invité a casa, Caleb no quiso dejarlo pasar. Arañó sus piernas, tiró su celular, tomó asiento entre nosotros. A veces creo que es como nuestro hijo y no soporta ver la distancia entre nosotros. No soporta verme triste, no soporta no verte.

En los refugios me han preguntado por ti. Extrañan el eco de nuestras risas por el lugar, los charcos de agua de los baños que terminaban en guerra. Ya no dejan toallas sobre la reja para nosotros, ya no se escucha más que ladridos. Extrañan nuestra dupla desapareja, el mate que siempre corría por nuestra cuenta.

Los vecinos también preguntaron por ti. Extrañan la música del mediodía, vernos entrar y salir con animales de todo tipo y tamaño. Ya no dejan collares y correas en el lobby, ya no se escucha más que silencio en las mañanas.

Incluso la colorada del 502 se extrañó de no verte. Parecía feliz con el silencio, parecía triste tras escuchar mi respuesta. A veces toca la puerta y me invita un café. Trae su música en el celular, casi que inaudible. Es dulce, te hubiera agradado.

El primer mes llevé las obras desordenadas. No aprendí los diálogos, no reflejaba las expresiones correctas. Me costó mucho abandonar nuestra manía de ensayar sentimientos interpretando musicales. Ahora solo me siento frente al espejo. Ahora solo leo los diálogos hasta el cansancio.

Intenté practicar con Caleb, pero se durmió en el segundo acto. Manuel viene a veces a darme una mano. Creí que no serviría de nada, resultó ser una gran ayuda. Pero no es lo mismo, y no lo será.

Supongo que es nuestra culpa, dejamos morir la comunicación. Mis dejos de orgullo, tu mala administración del tiempo. Teníamos todo para no funcionar, pero lo hicimos. Habría que darle las gracias a aquel cachorro que te llevó a la veterinaria donde hacía pasantía. A mi manía de adoptar animales así no me dé el espacio. A tu manía de mantener contacto con los dueños.

Semanas después de que te fuiste llamé a los dueños. Me preguntaron por ti, por qué ya no llamábamos juntos. Me largué a llorar... minutos, horas. Ella me invitó a visitarla, él dijo que podía contar con ellos. Sé que no mentían, pero no volví a llamar.

No llamé hasta que no había más lágrima que derramar. No llamé hasta que me aseguré de que mis sentimientos no tomarían control sobre mí. No llamé porque el escucharlos me recordó lo felices que éramos.

Un día soleado de marzo sonó el teléfono, días previos a Semana de Turismo; ilusa, busqué el aparato porque pensé que se trataría de ti. Me llamaron ellos, como hacían cada mes desde aquella llamada. Preguntaron por mí, preguntaron por Caleb, por el refugio. No hablaron de ti.

Quedé a cargo del cachorro la semana entera. Un manojo de mimos, me hizo compañía durante las lluviosas noches. Fue difícil dejarlo ir. Fue difícil incluso para Caleb. Fue difícil porque nos recordó a ti.

La noche siguiente me emborraché de memorias. La caja de Pandora, el tiempo le hizo perder color, siestas que la cubrieron de pelo. Era casi indetectable.

Entradas de cine, partidos de basket, conciertos, boletos de avión, de ómnibus, cuentas de la nafta, folletos de lugares turísticos en todos los puntos del país. El mapa con todas las rutas posibles para viajar a Paraguay, el borrador en el que acabamos dibujando incoherencias en lugar de los caminos. Aquella vieja polaroid que tu amigo nos sacó en la boda de su prima, diez tiras de fotos en la cabina del mismo shopping, nuestra ridícula sesión de fotos con Caleb.

Entre cartas y otros papeles, el diminuto boleto del día que nos dimos nuestro primer beso. Sé que te daría risa saber que lo guardé, también sé que habrías hecho lo mismo.

Recuerdo que tomé un sorbo de cerveza, amarga y helada, antes de sumergirme en aquel recuerdo.

Habíamos salido a bailar con nuestros amigos, tres tuyos y cuatro míos. La noche se había puesto pesada, Sofía estaba borracha, Matías nos abandonó por un lígüe. Fuimos a casa de Analía por una pizza, yo me quedaba a dormir, tú te ibas con Daniel.

Fuimos y vinimos toda la noche. Era palpable la tensión, tu mano supo estar en mi cintura, mi mano supo estar sobre la tuya. Pero nada pasó.

Una hora después de que te fuiste, las dudas seguían revoloteando por mi cabeza. Desperté a Ana, le dije que me iba. Admito que creyó que estaba loca y tuvimos una fuerte discusión. Era tarde, tu barrio apenas tenía iluminación. Irme sola era tentar a la suerte, que lamentablemente no estaría de mi lado. Cedí y volví a la cama.

Apenas me levanté al otro día, la idea reapareció en mi mente. Mentiría si asegurara que desayuné, pues recuerdo que tras vestirme, salí disparada a la parada del ómnibus. Tardó interminables minutos en llegar. El calor invitaba a no salir de casa, pero yo no volvería atrás.

Iba vacío por suerte, el tráfico era liviano y no tardé en divisar tu edificio. Bajé saltando, quizá a la velocidad de mi corazón. Sonreí, y mientras los miedos parecían disiparse, toqué el timbre.

Tardaste en abrir. Connor y Mía ladraban, arañaban la puerta. Reaparecieron los nervios, demasiado quizá. Abriste la puerta en pijama, el pelo desordenado, los lentes opacaban tus

ojos. Sudaba, tenía las mejillas coloradas, el pelo desordenado. Me sonreíste. Y ahí, sofocada entre ladridos y calor, volvió a caerme la ficha. Quizá suspiré dos veces, yo conté mil.

No tenía palabras para expresar lo que sentía. Sobraba, eran demasiado pequeñas. No recuerdo lo que dije, sé que tú sí. Me mirabas con serenidad, poco rostro para tanta sonrisa.

Y no lo pensé. Enredé mis manos a tu remera, te acerqué hasta que la cobardía asesinó el arrebató de coraje. Entonces fuiste tú quien, entre entusiasmadas respiraciones, tiró hasta juntar nuestros labios. Falló la pirotecnia, no tuvo tiempo el fósforo de encender. Te apartaste riendo, pero con la vista gacha. Meses después lo resolví. Con la mañana encima, patas desequilibrando mis piernas y el chicle que me robaste, quizá peleé por un título al beso peor ambientado. Quizá. Y aun así, sigue siendo el mejor.

Retomé la cerveza, Caleb la endulzó.

Las fotos en el viejo parque de Cerro Largo me transportaron a las largas horas que pasamos jugando con un perro callejero. Las largas horas que pasamos buscando qué hacer con él. Las largas horas en la carretera mientras observábamos el paisaje desde el asiento de atrás. Mientras ponías música a tope para no dejarnos dormir.

Los pasajes de las veces que te visité, se encogían con el paso del tiempo. Sé que no guardas los tuyos, quizá los perdiste en los viajes, quizá despertaría muchas emociones.

Mi regalo de cumpleaños. El primero, el último.

No te mentiré, lo abrí. No pude leerlo. No quise leerlo. Prometí que lo comenzaría si me decidía a ir. Quizá hoy, bajo inservibles y severos tragos de cerveza, finalmente retire la valija debajo de la cama. Quizá dentro de una semana tu respuesta esté en mi mano, entre boletos de ómnibus y cables de auricular. Quizá nunca llegue. O quizá vuelva a encontrarme aquí, con tu carta en la mano, entre un mar amargo de sentimientos encontrados.